

Manuel Sacristán y la transición. Más allá del cambio institucional, pensando y actuando por caminos periféricos¹

Juan Andrade

Universidad de Extremadura

Artículo recibido el 11 de junio de 2015 y aceptado el 15 de julio de 2015.

RESUMEN

Este artículo no trata tanto de la producción intelectual y la práctica política de Manuel Sacristán durante la llamada transición a la democracia en España como de sus opiniones acerca del proceso y del papel que jugó el Partido Comunista de España. El artículo analiza las opiniones al respecto del que ha sido el pensador marxista español más importante y trata de desarrollar algunas hipótesis para explicar por qué estas opiniones fueron tan relativamente escasas. Para ello se ahonda en las nuevas inquietudes intelectuales y políticas de Sacristán en aquellos años (pacifismo, feminismo y ecologismo) y en una concepción política y ética que le llevó a ser excluido y a autoexcluirse de los espacios de promoción política y profesional de la época. El artículo trata además de un pensador consciente del cambio de época que se estaba viviendo a nivel mundial, y que trató de pensar y militar más allá de la coyuntura de la transición española.

PALABRAS CLAVE: : Manuel Sacristán; Transición española; Marxismo; Ecologismo; PCE; Intelectuales.

ABSTRACT

Manuel Sacristán and the Transition, beyond institutional change, thinking and acting on peripheral roads

This article deals with the intellectual production and political practice of Manuel Sacristán during the so-called transition to democracy in Spain, but especially it deals with his opinions about that political process and the role of the Spanish Communist Party. The article analyzes opinions regarding Manuel Sacristán –the most important Spanish Marxist philosopher– and attempts to develop some hypotheses to explain why these opinions were so relatively limited. For this purpose this research article focusses on the novel intellectual and political interests (pacifism, feminism and environmentalism) of Sacristán during this transition period. This paper also centers on his ethical and political conceptions, which led him to be excluded and exclude himself of political and professional promotion spaces of the period. Additionally, the article is about Sacristán as a conscious thinker about the changing times that was being lived in the world, during the second part of seventies. He tried to think and be active beyond the juncture of the Spanish transition..

KEYWORDS: Manuel Sacristán; Spanish Transition; Marxism; Environmentalism; PCE; Intellectuals.

¹ Agradezco mucho a Salvador López Arnal los escritos de Manuel Sacristán que me proporcionó y las sugerencias al texto que me hizo, su ayuda tan generosa. Agradezco la buena disposición de Miguel Candel, a quien pude entrevistar, y de Juan Ramón Capella, con quien también pude hablar y me resolvió varias dudas. Las interpretaciones que hago en el artículo no les comprometen. También agradezco mucho a Julio Mateos, de Fedicaria, su opinión sobre el texto, las correcciones formales que me anotó y la bendita paciencia que tuvo con las fechas de entrega.

El reemplazo en el título de este artículo de la conjunción copulativa “y” por la proposición “en” daría lugar a un trabajo muy distinto y más dificultoso. Sin duda, no entrañaría el mismo esfuerzo hablar de “Manuel Sacristán en la transición” que hacerlo sobre “Manuel Sacristán y la transición”. Ni siquiera requeriría del mismo espacio un trabajo que aspirase a analizar el trabajo intelectual y la práctica política de Manuel Sacristán durante este proceso de cambio político que un trabajo que aspirase a interpretar las opiniones o las posiciones de Manuel Sacristán a propósito de este mismo proceso que se ha dado en llamar “transición a la democracia”, y que, por delimitarlo en términos convencionales, vino a desarrollarse de 1975 a 1982. Huelga decir que escribir sobre la obra y la vida política de Manuel Sacristán durante estos años requeriría de mayor dedicación, tino y extensión que hacerlo, como es el propósito de este artículo, sobre sus opiniones acerca de la transición. La diferencia en esfuerzo y espacio no se debería solo a la amplitud y novedad de la producción intelectual de Manuel Sacristán, ni a su intensa militancia política y activismo social. La diferencia se debe especialmente –y esta es la primera idea a considerar– a lo poco que Manuel Sacristán escribió sobre la transición.

Cuando digo que escribió poco lo digo en términos relativos, en términos relativos a lo mucho que escribió sobre temas que iban más allá del proceso o sobre temas que no tenían nada que ver con él. Cuando digo que escribió poco quiero llamar la atención de lo poco que escribió sobre la transición si se tiene en cuenta lo inmerso que estaba en ese proceso vertiginoso de cambio institucional que monopolizaba el debate público en general y el debate de muchos de los espacios de militancia en los que participaba. El tema de la transición es un tema que sobrevuela o late en buena parte de sus escritos de aquellos años, pero que en pocas ocasiones aborda de manera directa y expresa. Sí cabe anticipar –segunda idea importante– que, aunque escasas, sus opiniones sobre la transición fueron rotundas e inequívocas durante el proceso y algo más atenuadas poco después.

Antes de adentrarse en esas ideas hay que preguntarse por qué razón una persona tan atenta al acontecer político escribió tan poco sobre un asunto que para la mayor parte de la gente, sobre todo de los militantes políticos, era el asunto central de la época. A este respecto se deben considerar, al menos, cuatro hipótesis. La primera es que desde los primeros momentos de la transición Manuel Sacristán consideró el proceso previsible, poco alentador y agotado en sus posibilidades de conducir a una democracia fuerte. La segunda de ellas tiene que ver con el hecho de que, de manera simultánea a la transición, como una corriente de fondo mundial, se estaban gestando cambios estructurales en las formas de organización de la economía y de la sociedad a los que prestó mucha más atención. Nos referimos a la fase embrionaria del proceso de recomposición mundial del capitalismo que tuvo lugar desde finales de los setenta a mediados de los ochenta. Se trataba de cambios incipientes que el ritmo vertiginoso de la transición no dejaba ver con nitidez, pese a que el proceso estuvo más que condicionado por ellos. Manuel Sacristán percibió pronto estos cambios estructurales y dedicó esfuerzos a reflexionar sobre ellos por encima de la coyuntura.

En tercer lugar si Manuel Sacristán no escribió mucho sobre la transición fue también porque, al tiempo que disentía radicalmente de la política del PCE-PSUC, mantuvo, mal que le pesara, un sentido de



Con su esposa Giulia Adinolfi en la casa de veraneo que la familia alquilaba en Puigcerdà.

la lealtad para con ambos. Esa contradicción entre su franca oposición a la política seguida por la dirección del PCE-PSUC y su sentido de lealtad al partido la resolvió generalmente en forma de silencio público. Esta forma de lealtad procedía en parte de un sentido muy fuerte de la disciplina, propio de la cultura comunista de los años cincuenta en la que Sacristán se había formado, una cultura tanto más acusada en un partido preso entonces de la clandestinidad. Procedía también de su sentido de la responsabilidad sobre una militancia a la que no quería transmitir desánimo. Y, probablemente, procediera también de un sentido de la coherencia con su propio pasado que le dificultaba romper con tantos años de entrega a una organización. La cuarta razón de lo relativamente poco que Manuel Sacristán escribió sobre la transición estaría a caballo entre la ética y la visceralidad. Tendría que ver con el desprecio que le despertaban prácticas y actitudes muy representativas de las élites de la transición, y que él interpretaba, en el caso de las élites de la dictadura, como un fenómeno de reconversión increíble, y, en el caso de las élites de la oposición y de su partido, como episodios frecuentes de oportunismo, inconsistencia analítica y voluntad de acomodo. La hipótesis es que Sacristán puso también distancia con un proceso cuyas actitudes y prácticas definitorias le irritaban. La distancia sería, en este sentido, un mecanismo defensivo para templar el ánimo.

La distancia de Manuel Sacristán con respecto a la transición es apreciable también en el tono y en el desdén que expresó en determinados momentos a la hora de referirse al proceso o al papel que en él jugaban los partidos de la izquierda. Sirva de ejemplo el extracto de su intervención en una reunión de amigos y militantes de la izquierda tras el 23F:

Los partidos de la izquierda parlamentaria se echan resueltamente a la derecha. La verdad es que no lo digo por interés en criticarlos, que a estas alturas es ya materia demasiado digerida. ¡Para qué vamos a ponernos ahora a criticar recientes tomas de posición! No vale la pena. (López Arnal, 2001, pp. 18-21).

Pero si Manuel Sacristán no produjo una crítica abierta, continua y sistemática de la transición y de la política del PCE-PSUC durante el proceso, sí dejó ideas muy claras y sugerentes al respecto. Estas ideas están diseminadas a modo de *excursus*, reflexiones tangenciales o ejemplos sacados a colación en varios de los trabajos que publicó, y también en entrevistas, cartas cruzadas o en los editoriales de las revistas en las que participó, tras los cuales se constata, por lo que han declarado otros miembros de los Consejos de Redacción y por la formalidad de los textos, la primacía de su pluma.

Vísperas de la transición

Manuel Sacristán entró en el PSUC en 1956 a partir de los contactos que estableció con militantes comunistas en Alemania durante su estancia en la Universidad de Münster. En poco tiempo pasó a ser cooptado para el Comité Central del partido y al cabo de unos años para su Comité Ejecutivo. Además de encargarse de la organización de los intelectuales del PSUC, de poner en marcha acciones de formación y de organizar las reivindicaciones de los sectores democráticos de la universidad, Sacristán participó en tareas generales de dirección y en el trabajo que entrañaba sostener la organización en la clandestinidad².

Su compromiso con el partido fue extenso en el tiempo, intenso en tareas y arriesgado por las circunstancias. Sin embargo, Manuel Sacristán llegó a la transición dimitido

² Sobre la intensa militancia de Sacristán en aquellos años hay trabajos muy clarificadores como el de Capella (2005) y los compilados en Juncosa, Benach y López (2006). Así mismo los de López Arnal y Vázquez Álvarez (2007).

de sus principales cargos en la dirección del PSUC y con las relaciones muy deterioradas con la mayoría de quienes la ocupaban.

Manuel Sacristán dimitió del Comité Ejecutivo de PSUC en 1969. Dimitió como resultado, sobre todo, de un rechazo frontal a las prácticas y actitudes de la mayoría de sus miembros³. En su opinión aquella dirección estaba dominada “por los elementos más indeseables de la pequeña burguesía intelectual”, por miembros que solo trabajaban para ser reconocidos dentro del engranaje burocrático del partido que en el futuro tenderían a cooptar a aquellos que más se les parecieran. Además, Sacristán denunciaba las limitaciones de los análisis de la dirección sobre la realidad de España y Cataluña y su inconsciencia ante las nuevas problemáticas. Pese a todo, Sacristán seguía considerando al PSUC como la mayor y mejor organización obrera. Esta contradicción en las valoraciones la resolvió dimitiendo de su cargo y yéndose a militar a la base (Capella, 2005, pp. 138-139).

En estos años marcados por su dimisión del Comité Ejecutivo del PSUC, Sacristán se hizo una nueva visión estratégica de conjunto acerca de las posibilidades del socialismo en el mundo occidental. A partir de estas fechas tan tempranas, Sacristán empieza a pensar en tiempos largos, cuando no a sucumbir a un pesimismo acerca de la posibilidad de cambio social a medio plazo. Sacristán toma conciencia de que, debido a la derrota del movimiento obrero en la fecha simbólica del 68, debido a la integración en el sistema cada vez mayor de los trabajadores a través del consumo y la cultura de masas y debido al escaso margen que dejaba la dinámica aplastante de la Guerra Fría, no quedaba otra perspectiva que –por expresarlo en los mismos términos gramscianos que él mismo empleaba– sostener una prolongada e incierta guerra de posiciones, que, solo

más adelante, podría reconvertirse en una guerra de movimientos. La idea fuerte que creo debe subrayarse para entender buena parte de la orientación del pensamiento y la práctica de Manuel Sacristán en la transición es que a esa idea de la estabilización de los frentes le sobreviene pronto la constatación del inicio de una guerra de movimientos emprendida no por los sectores populares, sino por las clases dominantes. La idea a subrayar es que Manuel Sacristán llega a la transición constatando que la ruptura de ese momento de estabilización y desgaste progresivo iba a venir, sin embargo, de una ofensiva de las clases dominantes, mucho antes de lo previsto y, en el caso de España, en el marco del cambio de régimen.

Antes de eso la consciencia de una perspectiva de estabilización y desgaste, más la presión profesional a la que Sacristán estaba sometido, más la durísima ruptura con la dirección, más insondables razones personales, le causaron una depresión que, según sus propias palabras, le mantuvo dos años “prácticamente muerto”⁴.

Incluso en aquellos años que él considera de silencio, su producción intelectual, si es que acaso puede separarse de su militancia política, fue considerable y en aumento. Basta citar, en el arco temporal que va de 1969 a la muerte de Franco en 1975, algunos trabajos como “El orden y el tiempo”, sus conferencias sobre la universidad y la división del trabajo, varias voces para un diccionario de filosofía, artículos sobre Lukács, su trabajo sobre Bujarin, varios ensayos sobre Marx, una lectura sobre la obra musical de Raimon o la traducción, las notas y la introducción a la historia del indio Gerónimo de S.M. Barret publicada en 1974⁵. La primera pregunta que surgiría a propósito de este último trabajo de Sacristán en quienes se acercasen por primera vez al mundo de la intelectualidad del antifranquismo podría ser la siguiente: ¿Qué

³ Los detalles de esta ruptura pueden leerse más pormenorizadamente en Pala (2005).

⁴ Véase una entrevista a Sacristán realizada para el *Viejo Topo* en 1963 pero que fue publicada años más tarde (Guiu y Munné, 1995).

⁵ La mayoría de estos textos pueden consultarse en los distintos volúmenes de Sacristán (1983, 1984, 1985) o para otras obras en Sacristán (1998) y Sacristán (2013).

hacia un filósofo comunista español en vísperas de la muerte de Franco, cuando todo el mundo estaba pensado en el día de después, escribiendo sobre un indio apache del siglo XIX del norte de México y el sur de los Estados Unidos? La respuesta remite a una persona de una inquietud intelectual vastísima que desde su infancia se había interesado por las culturas amerindias, hasta el punto de haber estudiado la lengua náhuatl. Pero remite sobre todo a un militante comunista que está buscando referentes emancipadores fuera de su tradición y se ha abierto a problemáticas que van más allá de las del movimiento obrero clásico. El estudio de Gerónimo le llevaría a considerar una máxima que yo creo aplicó a su visión política en la transición: que las culturas que resisten a la dominación prevalecen pese a ser derrotadas⁶.

Antes de eso Manuel Sacristán encaraba la transición recelando en buena medida de la orientación política del PCE-PSUC de cara al proceso. En un documento de febrero del 74 que reproduce Juan Ramón Capella en su biografía, Manuel Sacristán arremetía contra una de las líneas de flotación de la política del partido: la de acabar con el régimen a partir de una alianza social entre los trabajadores y una amplia burguesía nacional supuestamente inclinada a la democracia. Se trataba de una propuesta que, más allá de entrañar la desnaturalización del partido, resultaría insostenible en la medida que presuponia voluntades que no se daban y obviaba la existencia de intereses sociales enfrentados de tal magnitud que harían imposible la cimentación de un acuerdo político siquiera eventual:

Por una parte se convoca al pacto a la pequeña burguesía perjudicada por la concentración de capitales bajo el franquismo (dicho sea de paso: ¿qué mayor proceso moderno que ése?). Por otra parte se convoca también «a un sector de los empresarios más ligados al desarrollo del capitalismo moderno», o sea, a los beneficiarios de la ruina de los anteriores. Pero entonces resulta que ya no tenemos enemigo alguno. ¡Ay señor! (Capella, 2005, p. 186)

La transición

El final de la dictadura coincide con un episodio del PSUC que generó profundo malestar en Manuel Sacristán: la integración en las filas del partido de la Organización Comunista de España (Bandera Roja). Bandera Roja era un grupo de izquierda minoritario, que contaba, sin embargo, con cuadros y figuras destacadas entre los profesionales y en la universidad. Había surgido de las heterodoxias radicalizadas de los años sesenta en oposición a las rutinas del PSUC, pero con el tiempo había experimentado un acusado viraje al pragmatismo (Pala, 2011). La entrada de Bandera Roja representaba un error garrafal para Manuel Sacristán, pues en su opinión venía a potenciar aquello por lo cual él había roto con el Comité Ejecutivo del partido: el dominio de la dirección por sectores procedentes de la pequeña burguesía intelectualizada, a la que tanto despreciaba; la tendencia a pactos en sentidos muy contradictorios, a fin de satisfacer una voluntad desatada de integración en las futuras instituciones del postfranquismo; y el aderezo de semejante pragmatismo con una retórica izquierdista poco creíble e inconsistente. Detrás de este recelo estaba también la mala opinión política que Manuel Sacristán tenía de uno de los principales dirigentes de Bandera Roja, Jordi Solé Tura⁷. Manuel Sacristán pudo vivir también la incorporación como una afrenta personal al pensar que el vacío, sobre todo el vacío intelectual, que él y algunos de los suyos habían dejado en la dirección del partido venía a colmatarse con quienes se había confrontado en una universidad tan pequeña como la de Barcelona. La operación dejó además un episodio hiriente para Manuel Sacristán. Según atestigua su compañero y amigo Miguel Candel, Manuel Sacristán se encontraba entre el grupo de quienes debía negociar con Bandera Roja su integración

⁶ Además de en las notas a la edición de la autobiografía de Gerónimo antes citada, estas reflexiones las hace Manuel Sacristán en Guiu y Munné (1995, pp. 100-106).

⁷ Estas razones las he tomado de “Entrevista realizada por Juan Andrade a Miguel Candel, Barcelona, 19-I-2015”.

en el PSUC. Consciente de la hostilidad de Manuel Sacristán a la iniciativa alguien del núcleo dirigente del partido le convocó, como era de rigor, a la reunión que iba a celebrarse para tratar el tema, pero le dio una dirección falsa a la que Manuel Sacristán acudió, por tanto, engañado. La afrenta no radicaba solo en que le hubieran convocado en un lugar distinto para quitárselo de en medio, sino en el peligro que eso suponía para su seguridad en una situación todavía de clandestinidad⁸. Desde esta discrepancia política de fondo y estas experiencias personales dolorosas no es de extrañar que Manuel Sacristán afrontara el comienzo de la transición sin mucha confianza en el papel que en ella iba a jugar su partido.

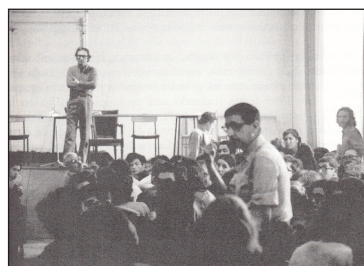
Con la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975 se inicia lo que convencionalmente se conoce como "transición". 1976 es el año clave del proceso. Es el año en que se intensifica el pulso entre el régimen y la oposición democrática y el año en que finalmente se impuso el proyecto reformista auspiciado por algunos sectores de ese régimen y negociado con la mayoría de los representantes de esa oposición, incluido el PCE. Para acercarse a la visión de Manuel Sacristán sobre los acontecimientos hay que considerar varias cosas.

Primero, que semejante proceso de negociación estuvo tutelado por el aparato de poder de la dictadura; es decir, que desde esta posición de fuerza y capacidad coactiva el régimen negoció su propio reemplazo. Segundo, que en virtud de la desaparición de la expectativa de ruptura, el partido que poco tiempo atrás había hegemonizado la lucha contra la dictadura y que había aglutinado en torno a esa idealidad a buena parte de la sociedad más activa pasaba a tener que luchar por su propia legalización en unas condiciones realmente difíciles. Y, cuarto, que en este proceso de negociación con un gobierno que no había dejado de controlar los instrumentos coactivos del régimen se darían continuidades importantes en las instituciones, en el ordenamiento legal y, so-

bre todo, en las posiciones de poder de las oligarquías del régimen.

Es precisamente en este año determinante de la transición en el que más se echan en falta intervenciones amplias y expresas acerca de lo que está sucediendo. Los testimonios de quienes estuvieron con él, algunos extractos de aquel año y lo escrito posteriormente permiten hacerse una idea más o menos ajustada.

Sacristán fue plenamente consciente de las dificultades para imponer una ruptura democrática en un contexto en el que a la hora de considerar la correlación de fuerzas no solo se consideraban los sectores sociales movilizados, sino que se computaban también los tanques de los que cada bando disponía. Sacristán no estaba en las tesis de que la sociedad podía haber tumbado al gobierno y abierto un proceso de transformación social de no haber sido por la actitud entreguista de los dirigentes de la oposición, sobre todo de los del PCE. La diferencia de Sacristán con la dirección del PSUC y sus intelectuales afines radicaba en la observancia, por su parte, de dos máximas: una, no engañarse, y dos, que la derrota no llevase a una integración acomodaticia. La actitud de Sacristán era la de reconocer que no habría ruptura plena y que ese arranque nada democrático del proceso democratizador iba a condicionar todo su desarrollo en términos nada favorables para las aspiraciones de los trabajadores. En una entrevista publicada en octubre de 1976 y posteriormente repro-



Una intervención de Sacristán (en pie) en la asamblea de intelectuales de Montserrat, el 13 de diciembre de 1970.

⁸ *Ibidem*.

ducida en Fernández Buey y López Arnal (2004, pp. 63-79)⁹ esbozaba su visión del momento:

Es un momento de recomposición de los aparatos de poder de la clase dominante, también de los ideológicos. Pero lo fundamental es la recomposición política de las articulaciones de la clase dominante, o lo que es igual: cómo se van a repartir los papeles políticos de sus distintos representantes, desde los herederos del franquismo hasta los dirigentes políticos de la clase dominante que está en Coordinación Democrática. (Op. cit., p. 66).

El extracto denota una diferencia fundamental en la perspectiva de Sacristán con respecto al discurso del PCE en ese momento. Si para la dirección del PCE el eje de la reflexión es la tensión entre el gobierno y Coordinación Democrática, para Sacristán ese eje debe considerarse junto con el eje de la confrontación de intereses entre los trabajadores y las oligarquías, porque probablemente fuera la conciliación política de las oligarquías que estaban en un lado y otro del eje gobierno-oposición el elemento cimentador del pacto conducente a un nuevo régimen. Desde esta perspectiva la visión de Sacristán distaba también del entusiasmo que se respiraba en las filas de la izquierda a la hora de interpretar, como resultado de su propio avance político, una cierta contención ideológica de las élites sociales:

Pero la verdad es que no me sorprende que anden escasos (digo los políticos burgueses franquistas o anti-franquistas) de presencia de propaganda sobre temas de enseñanza, así como sobre otros temas. Se encuentran en un momento de transición y recomposición, pero, además, no tienen por qué apresurarse ni angustiarse, porque conservan todo el poder real. Pueden tomárselo con tranquilidad, y tal vez tarden todavía un poco en volver de nuevo a la ofensiva ideológica. (Op. cit., p. 67).

El caso es que a la altura de 1976 Manuel Sacristán reconocía que el resultado de la primera batalla dejaba muy poco margen de actuación a la oposición:

Pero desgraciadamente me parece obligado partir de un supuesto pesimista. Creo que, por lo menos en una primera fase, la clase dominante podrá jugar como quiera. Lo más que puede hacer la oposición es echarle arena en los cojinetes. No hay que olvidar que el fascismo español no ha sido derrotado por la «crítica de las armas», sino sólo vaciado ideológicamente por el «arma de la crítica». (Op. cit., pp. 68-69).

Si esta era la visión acerca de las posibilidades de cambio a la altura de 1976, la percepción que tenía en 1977 –una vez avanzado el proceso previo de desmantelamiento negociado de parte de la institucionalidad de la dictadura y una vez celebradas las consideradas primeras elecciones democráticas– no era más halagüeña:

Los resultados de las elecciones del 15 de junio no alivian el bochorno. No es que no sean importantes, ni que carezcan, como se suele decir, de «aspectos positivos». Han sido importantes y «tienen muchos aspectos positivos», principalmente el de clarificar las condiciones de lucha de las fuerzas obreras y socialistas. Pero la subrayada presencia del Ejército como árbitro, el hondo dominio de grandes áreas del ánimo popular por el poder en sí (¿quién habría ganado, si Fraga hubiera sido presidente del gobierno?) y el éxito de la publicidad a la yanqui y germano-occidental (que es irracionalismo ante todo) en la campaña de oposición mejor acogida por el electorado son, entre otros, elementos de la nueva situación que continúan la anterior sin ninguna ruptura decisiva¹⁰.

Antes de las elecciones de junio 1977 había tenido lugar uno de los episodios centrales y más tensos de la transición: la legalización del Partido Comunista de España. El problema para el PCE no radicaba tanto en la posibilidad de que el gobierno decidiera mantenerle en la ilegalidad de manera definitiva como en la alta probabilidad de que decidiera legalizarlo después de las primeras legislativas, una vez que muchos de sus potenciales votantes se hubieran ido a otras candidaturas. Para evitarlo el PCE conjugó la presión efectiva en la calle con la negociación con el gobierno. Finalmente el partido fue legalizado por el gobierno de

⁹ Se trata de “Conversación con Manuel Sacristán sobre la crisis de la Universidad y el movimiento estudiantil. Entrevista con Escuela 75”, que se ha publicado en varias ocasiones.

¹⁰ Editorial, *Materiales* (1977), núm. 4, pp. 3 y 4.

manera sorpresiva a cambio de aceptar la monarquía y del compromiso tácito de gestionar de manera colaborativa con el proceso su capacidad de movilización. El PCE lograba así entrar en el proceso y concurrir con sus propias siglas a las elecciones, pero el saldo de las negociaciones beneficiaba más al gobierno, pues lograba integrar en su proyecto a un partido ideológicamente desnaturalizado y con el compromiso tácito de no utilizar hasta sus últimas consecuencias sus principales activos (Andrade, 2015, pp. 84-89).

¿Cuál fue la posición al respecto de Manuel Sacristán? El problema para responder a la pregunta es que no hay publicado ningún texto expreso del propio Sacristán sobre este episodio exacto. Cuando pregunté a su compañero y amigo Miguel Candel sobre la posición de Sacristán ante la legalización del PCE, respondió que Sacristán era consciente de la complejidad de la situación, pero que no tenía dudas acerca de que lo más conveniente, o lo menos malo, era no aceptar esas condiciones, aunque ello entrañara no participar con las propias siglas en las primeras elecciones. No solo por una cuestión de principio, sino porque calculaba que el coste de no ser legalizados para las primeras elecciones, aunque muy elevado, a la larga iba a ser menor que el derivado de hacerlo en esas condiciones. Prefería asumir el riesgo¹¹.

Las elecciones de 1977 dieron unos resultados al PCE que estaban muy por debajo de sus expectativas y sobre todo muy por debajo de la contribución del partido a la lucha contra la dictadura. Los mejores resultados a nivel provincial se cosecharon en Barcelona, donde el PSUC casi alcanza el 20% de los votos. En el conjunto del país el PCE no llegó al 9,5%. Las candidaturas auspiciadas por la llamada izquierda revolucionaria o izquierda radical no obtuvieron representación, evidenciando una debilidad de la que Sacristán se hacía eco¹².

La aritmética electoral, la necesidad de elaborar una constitución, la envergadura de la crisis económica, la presión de los poderes fácticos y las estrategias de cada uno de los partidos condujeron a lo que se ha dado en llamar la etapa del consenso. El consenso contó con la participación entusiasta del PCE, que vino a justificar teóricamente su implicación en los acuerdos por medio de la llamada Política de Concentración Democrática, tal y como en significadas ocasiones congresuales expone Carrillo (1977, pp. 85-95 y pp. 99-109). Con la Política de Concentración Democrática el PCE pretendía no quedar aislado por la dinámica bipartidista que los resultados electorales podían generar, al tiempo que pretendía proyectar una imagen de moderación que atenuara la imagen de partido radicalizado a la que atribuía buena parte de sus limitaciones electorales. Además se planteaba que el partido debía participar en todos los acuerdos a fin de orientarlos en una verdadera dirección democrática. El consenso tuvo sus dos hitos fundamentales ese año de 1978 en la elaboración del texto constitucional y en la firma de los Pactos de la Moncloa, ambos respaldados de manera entusiasta por el PCE. Ese mismo año, en abril de 1978 y a propuesta personal de Santiago Carrillo, el PCE abandonó en su IX Congreso el Leninismo. La propuesta de abandono fue un ejercicio de funambulismo ideológico un tanto frívolo con el que Carrillo pretendía poner al partido en el candilero, proyectar una imagen más moderna y desvinculada de la URSS y desviar hacia la cuestión identitaria los debates más tensos que había en el partido acerca de la transición y la necesidad de renovación del equipo dirigente.

Todo eso sucedió en el año de 1978, el año en que Manuel Sacristán decidió abandonar el PSUC. El fin de su militancia en el PSUC se produjo en el marco de la conferencia preparatoria del PSUC de cara al IX congreso del PCE. A partir de ahí, sin que lo

¹¹ "Entrevista a Miguel Candel realizada por Juan Andrade", Barcelona, 19-I-2015.

¹² Editorial, *Materiales* (1977), núm. 4, pp. 3 y 4.

allí debatido sea la causa, ni siquiera el detonante, más bien el momento de constatación del agotamiento de la paciencia, Manuel Sacristán se desvincula orgánicamente del partido en el que llevaba militando más de 20 años. La salida de Manuel Sacristán del PSUC no se produjo en un momento dado, ni se materializó en un acto concreto, no entró la devolución del carné ni el envío de una carta solicitando la baja a la dirección y, menos aún, un escrito en la prensa explicando sus motivos. No fue una baja teatralizada, ni siquiera fue una baja comunicada. Simplemente Manuel Sacristán dejó de pagar la cuota del partido y de asistir definitivamente a las reuniones de su organización de base¹³. No fue hasta varios meses después, ya en 1979, cuando ante la pregunta por parte de un entrevistador que inducía a pensar lo contrario declaró públicamente que no militaba en ningún partido. Manuel Sacristán se fue sin hacer ruido.

Las razones quizá haya que remontarlas a 1968, pero sin duda la transición y la política del partido en la transición fueron las causas definitivas de su salida del partido. Como se ha visto, Sacristán no tenía depositadas grandes expectativas en la transición, salvo quizá en un aspecto: que la salida del partido de la clandestinidad permitiera la puesta en marcha de mecanismos democráticos de funcionamiento interno gracias a los cuales los militantes pudieran elegir a unos dirigentes mejores. Pero en la transición se mantuvieron los mecanismos de control autoritario en el PCE a través del control técnico, burocrático y grupuscular de los procesos electorales internos y en la transición también se puso de manifiesto la obediencia debida de buena parte de las bases y los intereses de quienes habían acudido al partido como compañeros de viaje o a la espera de lo que les podría deparar el partido que parecía mejor preparado para ocupar un buen lugar en la democracia. En definitiva la legalización sacó a la luz las miserias del partido que la clandestinidad había velado, al tiempo que puso de ma-

nifiesto las contradicciones de su compleja composición sociológica.

A ese desencanto se sumaba, efectivamente, la oposición de Sacristán a la línea política del partido, a la Constitución y a los Pactos de la Moncloa. En el referéndum de la Constitución Manuel Sacristán y su círculo más cercano decidieron abstenerse o votar en blanco. Si no votaron en contra fue para que su voto no se confundiera con el que propugnaba la derecha (Capella, 2005, p. 202). En cuanto a los Pactos de la Moncloa sus opiniones por escrito fueron pocas y tangenciales, pero, como veremos, realmente corrosivas. Más sistemática fue la impugnación a la base ideológica con que se pretendió justificar todo aquello: el eurocomunismo.

Manuel Sacristán, el eurocomunismo y las estrategias de transición

El eurocomunismo fue un intento de diseñar teóricamente una estrategia de transición al socialismo para los países del capitalismo avanzado que fuera pacífica, gradual y progresiva y que se desarrollara dentro del marco institucional de las democracias liberales. Por una parte, el eurocomunismo planteaba que no solo era deseable sino también posible una estrategia política de largo alcance que respetara, durante el proceso de construcción del socialismo y en la propia sociedad socialista, la institucionalidad parlamentaria liberal. Por otra parte, el eurocomunismo, sobre todo en su formulación española, diseñaba una estrategia al socialismo a través de etapas sucesivas en cada una de las cuales se irían generando las condiciones necesarias para enlazar de manera pacífica y progresiva con la siguiente. Las condiciones de posibilidad de esta estrategia se cifraban en una amplia alianza social entre los trabajadores y los sectores intermedios técnicamente cualificados; en

¹³ "Entrevista a Miguel Candel realizada por Juan Andrade", Barcelona, 19-I-2015.

las posibilidades que para ello ofrecía un Estado democrático cada vez más complejo y penetrado por los sectores populares; y en el papel de una organización política de nuevo tipo que, más allá de representar el viejo papel de partido vanguardia, aspirase a aglutinarlos y a orientar en esa perspectiva de cambio socialista sus aspiraciones cotidianas. Finalmente el eurocomunismo se caracterizó por su crítica más o menos expresa a los sistemas del Socialismo Real (Andrade, 2015, pp. 101-123).

En su artículo “A propósito del eurocomunismo” Manuel Sacristán irrumpió en el debate del momento con una crítica tan lúcida como ácida. Antes de formularla reconoció, frente a lo que planteaban otros críticos, que el eurocomunismo no era una cosa menor, sino que encarnaba la realidad social más amplia del comunismo fuera de los países de la órbita soviética (Sacristán, 1985, p. 197). Además reconoció tres virtudes del eurocomunismo: la constatación de la impotencia de la estrategia comunista clásica, la autocrítica de la propia tradición y una mayor sensibilidad hacia los cambios sociológicos. Pero lejos de considerarla como una estrategia al socialismo para Sacristán el eurocomunismo representaba el último repliegue de la tradición comunista, impugnable además en muchas de sus formulaciones teóricas y, sobre todo, por el uso preferente de que era objeto.

Para Sacristán resultaba ilusoria la sola concepción de un proceso de transformación socialista que no contemplara ni la feroz resistencia de las clases dominantes ni la coacción que habría que ejercer para neutralizarla:

El eurocomunismo como estrategia es la insulsa utopía de una clase dominante dispuesta a abdicar graciosamente y una clase ascendente capaz de cambiar las relaciones de producción sin ejercer coacción. (Op. cit., p. 21).

Por otra parte, parodió el alto grado de especulación que portaba la estrategia eurocomunista con sus detallados programas

para un futuro que ni siquiera se lograba entonces atisbar:

La sujeción positivista a la sociedad presente, adobada a lo sumo con las teorías de etapas y gradualidades en una fantástica vía de reformas, es tan acientífica como la prescripción por los utópicos de la forma de freír huevos en la sociedad emancipada. (Op. cit., p. 203).

En otra ocasión subrayó su inconsistencia y orientación fundamentalmente propagandística al plantear que “la palabra eurocomunismo no sobrepasa el grado de precisión del lenguaje publicitario”¹⁴.

No obstante, el mayor peligro del eurocomunismo para Sacristán se debía a que, en tanto vía gradualista teóricamente orientada al socialismo futuro, se utilizaban para deducir en el presente programas rebajados que conducían a acuerdos proclives a la integración. Ese razonamiento fue el que hizo valer en uno de los cruces de cartas más breves pero interesantes que se dieron en la izquierda durante la transición, porque tocaba una cuestión nodal para la izquierda de entonces: la de cómo definir una práctica política revolucionaria en un momento en que, al menos a medio plazo, no se daban las condiciones para la apertura de un proceso revolucionario. Nos referimos a las cartas cruzadas entre Daniel Lacalle y Manuel Sacristán en la revista *Materiales*.

En su primera carta Daniel Lacalle comunicaba a Sacristán la decepción que le había producido su artículo sobre el eurocomunismo, porque en él no ofrecía una alternativa bien perfilada al mismo (Lacalle, 1978). La alternativa con la que Sacristán cerraba su artículo sobre el eurocomunismo era, simplemente, la de una práctica política que se moviera teniendo “siempre conciencia de la meta socialista y de su radical alteridad”, que descartara “todo pacto con la burguesía en sentido estricto” y que se moviera siempre al hilo de las luchas cotidianas “sobre el fondo de un programa al que

¹⁴ “Gramsci es un clásico. No es una moda. Entrevista con *Diario de Barcelona*”, en Fernández Buey y López Arnal (2004, p. 87).

no cabe llamar máximo porque es único: el comunismo” (Sacristán, 1985, pp. 202-206). Para Lacalle la pregunta fundamental quedaba sin responder:

¿Cómo ligar la práctica cotidiana con la necesaria transformación socialista de la sociedad? ¿Cómo plantearse el acabar con la separación entre las tareas de aquí y ahora y las del cambio revolucionario, para que las segundas adquirieran un contenido concreto? (Lacalle, 1978, p. 141).

En su respuesta a Lacalle, Sacristán reconoció que no creía en las estrategias entendidas como prescripción teórica de soluciones de continuidad entre lo inmediato y lo ulterior; pero que sí creía en “las mediaciones”, entendidas como la disposición de la acción política de manera consiente para lograr un objetivo. Sin embargo, a diferencia de lo propuesto por el eurocomunismo y de lo reclamado por Lacalle, estas mediaciones no debía colegirse “de la pseudociencia de la estrategia”, sino que debía experimentarse por la vía del ensayo-error¹⁵. El problema fundamental de la estrategia gradualista del eurocomunismo es que invitaba a justificar cualquier conquista por pequeña que fuera como un paso inexcusable al socialismo, lo cual conducía a una praxis posibilista que entraba en colisión con los propios principios y a un tacticismo desenfrenado que, enredado en las batallas inmediatas, perdía de vista los fines últimos. El ejemplo más elocuente de esto lo encontraba Sacristán en la justificación de los Pactos de la Moncloa como eslabón necesario de la estrategia eurocomunista de largo alcance:

Desde mi punto de vista, firmar el pacto de la Moncloa, o en general fabular vías al socialismo es meterse a zascandil de la historia, intentar ser universal y perder en el intento hasta la misma identidad de uno; es, en suma, querer ser demiurgo y quedarse en mequetrefe. Y eso mismo me parece en general el empeñarse el hombre en instrumentar «engarces» entre el día y el siglo¹⁶.

El final de la transición y la crisis del PCE-PSUC

Tras las segundas legislativas en 1979 se puso fin, en sentido estricto, a la etapa del consenso. La dinámica consensual dejó de tener sentido una vez la Constitución y los Pactos de la Moncloa se habían aprobado y el PSOE constató que los acuerdos entre todos los había rentabilizado sobre todo la UCD. En ese momento el PCE se quedó con el paso cambiado, pidiendo en solitario la vuelta a los acuerdos. En ese contexto se desató una profunda crisis orgánica en el partido resultante de la emergencia de todas las frustraciones y contradicciones que el partido había acumulado en el vertiginoso tránsito al nuevo sistema¹⁷. El primer episodio de esta crisis, premonitorio de lo que iba a suceder en el conjunto del Estado, fue la crisis del PSUC en su V congreso de enero de 1981. La crisis del PSUC se explicó mediáticamente en términos ideológicos: confrontación de los eurocomunistas tradicionalmente mayoritarios con los prosoviéticos en auge y los leninistas que hicieron de bisagra dando el triunfo a los segundos. Ciertamente el Congreso aprobó unas tesis en las que se desestimaba la orientación eurocomunista y la política del partido en la transición y que volvían a una visión mucho más comprensiva para con la URSS.

Para explicar la crisis y tomar posición Manuel Sacristán y un grupo de colaboradores publicaron un artículo en *El País*¹⁸. Planteaban que en el congreso las bases obreras habían puesto de manifiesto, aunque fuera de manera intuitiva, la falta de consistencia de la política del PCE-PSUC. Lo más sorprendente y esperanzador, según Sacristán, había sido la rebelión de las bases obreras: su capacidad para superar “las inhibiciones de la disciplina y de la reverencia a los jefes” y la impugnación que había recibido la “prepotencia despectiva” y “la conciencia de superioridad del

¹⁵ Manuel Sacristán, “Respuesta a D. Lacalle”, en *Materiales*, 8 (1978), pp. 143-144.

¹⁶ Manuel Sacristán, “Respuesta a D. Lacalle”, *doc. cit.*, p. 144.

¹⁷ Para una aproximación a esta crisis ver en Juan Andrade, *op. cit.*, pp. 375-399.

¹⁸ “A propósito del V Congreso del PSUC”, *El País*, 22-I-1981.

especialista de la técnica”, en alusión a ese grupo de dirigentes procedentes de la pequeña burguesía intelectual que venía dirigiendo el partido por medio del dominio técnico y burocrático y que se habían terminado convirtiendo en intelectuales orgánicos de la nueva institucionalidad política y mediática de la transición¹⁹. Para Sacristán lo que las bases reprochaban a la dirección era, en última instancia, que “el partido hubiera tratado de buscar salidas progresistas a la crisis dentro del sistema y presentando la crisis como un extraño resultado de la mala voluntad y la incompetencia de los gobernantes”²⁰.

El artículo incluía un vaticinio que finalmente se cumplió: que los llamados leninistas, que habían hecho de bisagra en beneficio de las bases obreras, se decantarían al final por un acuerdo para restituir a la anterior dirección. Efectivamente, en marzo de 1982 se celebró el VI Congreso del PSUC en el que después de un autodestructivo proceso preparatorio los anteriores dirigentes fueron restituidos y, con ellos, la orientación eurocomunista del partido. En el proceso, el PSUC había saltado por los aires y al hacerlo detonaba también la explosión del PCE²¹.

El artículo de Sacristán tenía la virtud de concebir las discrepancias ideológicas como la expresión superficial de un malestar profundamente político ante la incapacidad o la falta de voluntad de la dirección a la hora de enfrentar la crisis económica desde la perspectiva esperanzadora de cambio en la que se habían educado los militantes, y no desde un compromiso consensuado muy ajeno a su cultura, con medidas que para buena parte de ellos era medidas de complicidad. También acertaba, en parte, al subrayar la contradicción abierta entre una dirección formada en buena medida por técnicos y profesionales y las bases obreras.

No obstante, la interpretación de Sacristán caía también en un cierto dualismo que no era del todo comprensivo de la realidad sociológica del PSUC, ni de la extracción social de quienes nutrieron un bando u otro. Es cierto que quienes se rebelaron fueron en su mayor parte militantes obreros, pero no lo es menos que dentro de quienes apoyaron a la dirección eurocomunista había trabajadores manuales muy encuadrados en Comisiones Obreras, ni que entre los leninistas que apoyaron las tesis contrarias al eurocomunismo y a los Pactos de la Moncloa había igualmente muchos técnicos y profesionales intelectuales. La visión un tanto esquemática de Manuel Sacristán quizá fuera producto de la fuerte empatía que pudo sentir (en ese momento sorprendente que entendió de justicia) hacia un sujeto, el de los obreros manuales, tal vez idealizado por su oposición a otro colectivo, el de los pequeños profesionales e intelectuales de la dirección, con quienes Sacristán venía disintiendo, tanto más en la medida que él mismo pertenecía a ese colectivo del que abominaba y del que se pretendía desmarcar. De igual modo, junto con el malestar por la crisis económica, en la ruptura del PSUC también operaban otros malestares, que tenían que ver con diferencias generacionales y de culturas militantes y con la forma en que unos y otros vivieron la transición.

Pero lo más interesante del artículo –de cara a sintetizar la discrepancia de fondo de Sacristán con respecto a la línea política del PCE-PSUC en la transición– era el último párrafo. Porque, como casi siempre, las líneas políticas de fondo en una tradición comunista son aquellas que se concretan en los objetivos declarados, sí, pero más aún en la política de alianzas para llevarlos a término:

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Sobre la crisis del PSUC véase Pere Ysàs, “El PSUC durant el franquisme tardà i la Transició: de l’hegemonia a la crisi (1970-1981)” y G. Pala, “El PSUC hacia adentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)”, ambos en G. Pala (ed.), *El PSU de Catalunya, 70 Anys de Lluita pel Socialisme. Materials per a la història*, Madrid, FIM, 2008, y Carme Molinero y Pere Ysàs, *Els anys del PSUC. El partit de l’antifranquisme (1956-1981)*. Barcelona, L’Àvenç, 2010.

Hace tiempo ya que la esperanza de evitar el fatal camino seguido por las clases dominantes estriba en llegar a la unión del movimiento obrero, no con sus explotadores – en gobiernos de concentración o en consensos –, sino con las fuerzas que rechazan la dinámica del desastre²².

Un par de años más tarde, después de la hecatombe electoral del PCE y el PSUC en las elecciones de octubre de 1982, con los socialistas ya en la Moncloa, cuando ya se estaba en otro ciclo político, la opinión de Sacristán no dejó de ser crítica con la línea política del PCE en la transición y el papel de sus direcciones, pero reconoció que ni esta línea ni el papel de la dirección habían sido las causas únicas, ni siquiera las causas principales, de su implosión al final del proceso. En el fondo había otras dos grandes razones a considerar. De un lado, la crisis de la perspectiva de cambio que había causado el descrédito de la experiencia soviética en el imaginario colectivo de las clases trabajadoras y la falta de réplica de la izquierda a la ofensiva cultural e ideológica que las clases dominantes estaban acometiendo de forma paralela a su ofensiva material en un contexto de reestructuración del capitalismo. De otro, el exhibicionismo autodestructivo en el que al final cayó un partido que en pocos años había interiorizado la cultura política y palaciega del adversario, que no se había educado en la crítica y la autocrítica y que, cuando la ejerció, lo hizo de forma suicida:

Como cualquier ciudadano con los ojos abiertos puedo ver algunas de esas causas: creo que la más importante es el descrédito de la URSS en grandes sectores de las clases trabajadoras europeas y la extinción de los restos de aspiración revolucionaria que aún quedaban en la socialdemocracia después de la segunda guerra mundial [...] la situación de extrema derrota a que ha llegado ese partido [el PCE] no se explica tanto por el debe de su saldo histórico cuanto por el repliegue de la clase obrera en la crisis. Incluso me atrevería a decir –entrando en el examen de los errores cometidos– que la más grave de todas las torpezas del PCE no ha

sido ninguna de aquellas por las que yo le dejé, sino la extraña pasión autocrítica sin salida, neurótica [...] A mí me parece que esa insensatez en la estimación autocrítica del propio pasado, deslumbrada por valores netos o ambiguamente burgueses –desde la sublimada democracia parlamentaria hasta el codearse con la clase alta en los salones del Hotel Palace– ha contribuido mucho a resquebrajar la identidad política de la vanguardia obrera de España²³.

Pensando y militando más allá de la transición

No es objeto de este trabajo sintetizar siquiera la producción intelectual y el compromiso político de Manuel Sacristán durante la transición, pero conviene enumerar algunas de sus contribuciones para justificar por qué tiene sentido decir que durante aquellos años Sacristán estuvo pensando y militando más allá de la transición.

Durante la transición su producción contempló temas muy distintos. Empezó, por ejemplo, un gran proyecto de publicación de las obras de Marx y Engels; introdujo la Antología de Ulrike Meinhoff, dirigente de la Facción del Ejército Rojo; impartió varias conferencias sobre el estalinismo; prologó el libro de W. Harich, *¿Comunismo sin crecimiento?* e intervino en un importante seminario a propósito de esta obra en el que perfiló algunas de sus tesis sobre ecologismo; escribió sobre la reforma de los planes de estudios en la universidad; escribió sobre dialéctica, filosofía de la ciencia y tradición analítica; volvió de nuevo a Gramsci; y, sobre todo, promovió el surgimiento de dos revistas, *Materiales*, primero, y *mientras tanto*, después, en las que expuso sus tesis sobre ecologismo, feminismo, pacifismo y nuevos problemas. Todo eso al margen de sus clases de metodología de las ciencias sociales en la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona²⁴.

²² “A propósito del V Congreso del PSUC”, *op. cit.*

²³ “Entrevista con Manuel Sacristán”, PEYPA, pp. 121 y 122.

²⁴ Muchos de estos trabajos pueden verse en Fernández Buey y López Arnal (2004), en Sacristán (2005) y Sacristán (2009).

De la contribución de estos años podría subrayarse varias cosas que le sitúan más allá de la transición. Por una parte, la revisión crítica de la tradición marxista, sobre todo en lo que tienen de mecanicista, científica y teleológica. Por otra, la centralidad atribuida a la problemática ecológica, su reivindicación de la necesidad de feminizar el nuevo sujeto de cambio y la reivindicación del pacifismo como principio depurativo de algunos aspectos de la tradición obrera y como respuesta al recrudescimiento de la Guerra Fría. Finalmente, la conciencia de estar en un nuevo ciclo histórico al que prestar mucha atención y dar una respuesta política no sujeta a viejas inercias. Entre los cambios a estudiar estaba una nueva tecnificación y organización de los procesos productivos más opresiva; la fragmentación sociológica de la clase obrera; nuevas formas de integración a través del consumo, la cultura de masas y la producción seriada de subjetividades; imaginarios colectivos más difusos y ajenos al deseo de cambio social; o la puesta en marcha, al mismo tiempo, de procedimientos disciplinares más duros por parte de los Estados. En definitiva, cuando buena parte de la intelectualidad española de izquierda estaba pensando en un proceso de cambio institucional en curso cargado de expectativas, Sacristán estaba pensando al menos diez años por delante. Lo hacía acerca de un nuevo tiempo ahora embrionario al que habría que enfrentarse desde otros parámetros políticos: al menos desde una alianza del movimiento obrero con las luchas ecologistas, pacifistas y feministas. Estaba pensando en un escenario para nada halagüeño al que en principio solo cabía resistir.

La actividad militante de Sacristán, tan difícil de separar de su labor intelectual, incluyó hasta 1978 la implicación en organizaciones de base del PSUC. Determinante fue su papel en el surgimiento del Sindicato de Enseñanza de CC.OO., un hecho consuma-

do que con otra gente como Miguel Candel y Francisco Fernández Buey logró imponer para evitar la propuesta de formación de un sindicato corporativo de enseñantes que sobrevalaba en las cabezas de Santiago Carrillo, Nicolás Sartorius y Jordi Solé Tura²⁵. No obstante, de entre sus múltiples compromisos conviene resaltar su actividad desde 1977 en el Comité Antinuclear de Cataluña (CANC)²⁶. Conviene resaltarlo por tratarse de una militancia muy alejada de la militancia más ritualizada, masificada, jerarquizada y en gran medida institucional de los partidos políticos. Y conviene resaltarlo porque este compromiso arranca de una fecha tan temprana y central en la transición como 1977. Cuando en esas fechas la mayoría de los militantes de la izquierda estaban inmersos en una actividad desenfadada enfocada en gran medida a las sucesivas citas electorales y a las continuas luchas internas, Manuel Sacristán dedicaba la mayor parte de su tiempo a militar en un colectivo minoritario, enfrentado a una problemática que, no ya es que no ocupara la centralidad del debate político del momento, sino que a duras penas lograba incorporarse a su periferia.

Resistencia y marginalidad en la transición

La vida profesional y personal de Manuel Sacristán fue muy dura durante la transición. Sería una simplicidad señalar que su visión crítica del proceso fue resultado directo de su experiencia biográfica, aunque en cierta medida debió condicionarle. Sí habría que considerar que su visión crítica con la cultura política de la transición y su negativa a participar de ella le complicaron extraordinariamente la existencia. Si para una parte de la intelectualidad democrática y de izquierda procedente de la oposición a la dictadura la transición fue un momento de ascenso profesional y político y de reconoci-

²⁵ "Entrevista a Miguel Candel realizada por Juan Andrade", Barcelona, 19-I-2015.

²⁶ Sobre la militancia de Manuel Sacristán, véanse las citadas obras de Capella (2005), Juncosa, Benach y López Arnal (2006) y López Arnal y Vázquez Álvarez (2007).

miento social, para Sacristán fue un periodo de cierta marginalidad política, precariedad profesional y pérdida de influencia.

Manuel Sacristán volvió a ser contratado por la Universidad de Barcelona en el curso académico 1976-1977. Había sido expulsado en 1965, incorporado durante el curso académico 1972-1973 y vuelto despedir a final de curso. En 1976 fue contratado de nuevo como profesor no numerario, cuando algunos de sus jóvenes alumnos tenían ya puestos estables. Unos años después, en 1979, la UCD aprobó un decreto para incorporar como catedráticos extraordinarios a grandes figuras vetadas o expulsadas de la universidad por la dictadura. Entre las personas solicitadas estaba Manuel Sacristán, pero su candidatura, junto con la de Carlos Castilla del Pino, José Vidal Beneyto, Miguel Sánchez Mazas y Manuel Castells fue rechazada por el Consejo de Rectores (Capella, 2005, pp. 242-243). No fue hasta varios años después, en 1984, que le fue concedida la cátedra.

Entrados en la década de los ochenta la influencia de Manuel Sacristán en la universidad fue declinando entre un alumnado cada vez más masificado, despolitizado e indiferente u hostil al marxismo. De ello fue consciente Sacristán, que no se apuntó a las principales corrientes o modas intelectuales del momento (*op. cit.*, p. 245). Por otra parte, Sacristán fue apartado o decidió apartarse de muchos de los espacios de promoción y gestión cultural que tanta fuerza cobraron en la transición. Bien porque no se le propuso, bien porque lo descartó, no ocupó ningún lugar destacado en el mundo editorial, donde tiempo atrás había desarrollado una labor fundamental como traductor y persona encargada de seleccionar y promover títulos a publicar. Aunque al frente de editoriales de peso como Ariel o Crítica había amigos a los que él había promocionado, cuando se compilaban sus artículos y textos de intervención para ser publicados en varios volúmenes, Sacristán descartó hacer uso de esas amistades y publicarlos en una pequeña editorial crítica.

Estos episodios, y los que tienen que ver con sus actividades políticas, indican dos

cosas fundamentales. Por una parte, que durante la transición Sacristán fue marginado en varios ámbitos de la vida académica, cultural y política del momento. Por otra, que durante la transición Sacristán decidió también situarse por propia voluntad en territorios marginales o, más bien, periféricos. Las posiciones críticas de Sacristán y su sentido fuerte, a veces un tanto extremo, de la rectitud y la coherencia le llevó a ser objeto de vacío o marginación por parte de muchos de quienes sufrían esas virtudes como una denuncia de sus propios defectos. A ese vacío intencionado habría que sumar uno más natural, resultado de lo incómodo que Manuel Sacristán podía ser para muchos cuadros e intelectuales de la izquierda que –por directrices de partido, por efecto de una inercia fuerte o por propia convicción– estaban atados, en un momento de agitación y expectativas, a una línea política fuera de la cual no había otra alternativa que el duro, incierto e ingrato horizonte de Sacristán: una práctica política de resistencia basada en la experimentación en movimientos pequeños que, al menos en los primeros momentos, se movería al filo de la marginalidad.

No obstante, la marginalidad también fue un espacio buscado, en cierto sentido, por Manuel Sacristán. Mi hipótesis es que Sacristán encontró en esos espacios periféricos uno de los pocos lugares desde los que poder resistir a la fuerte tentación de integración y acomodo que la transición suponía para los intelectuales y dirigentes políticos procedentes de la oposición y uno de los pocos lugares desde los que poder reconstruir algo parecido a un movimiento de emancipación.

Creo que detrás de esta apuesta por espacios periféricos había también una fuerte conciencia de derrota y que ambas cosas explican su interés, empatía y a veces identificación con tres figuras derrotadas que tuvo muy en cuenta antes y durante la transición: Gramsci, Gerónimo y Ulrike Meinhof. La entrevista que concedió a *Viejo Topo* en 1979 creo que da cuenta de ello. Sacristán se identifica con la conciencia que Gramsci tiene de la derrota histórica del movimiento obrero en el período de entre-

guerras; se identifica con la resistencia a ultranza de Gerónimo; y se identifica, pese a discrepar de su proyecto violento y suicida, con la no voluntad de integración de Ulrike Meinhof y su crítica al autoengaño de las organizaciones de la izquierda. Mas, por otra parte, empatiza con el destino trágico de estas tres figuras: el Gramsci que muere en las cárceles de Mussolini, el Gerónimo recluido en la reserva de Fort Sill y la Ulrike asesinada o forzada al suicidio en la prisión de Stammheim²⁷.

A todas estas derrotas políticas, laborales y culturales habría que sumar una vida personal muy dura en la transición. Durante aquellos años Sacristán tuvo que hacerse cargo de su padre, ya mayor y enfermo, y con quien había tenido una complicada relación, en parte por razones políticas, pues su padre era un hombre conservador que había colaborado con el régimen. Pero es que además el acontecimiento más desgarrador en la vida de Sacristán tuvo lugar precisamente en esos años de la transición: la enfermedad vertiginosa y la muerte temprana de su mujer, compañera y soporte vital básico, Giulia Adinolfi. En 1978 le quitaron a Giulia un tumor, en 1979 estuvo sometida a sesiones de quimioterapia y radioterapia y en 1980 falleció. El resto de la vida de Sacristán tampoco fue fácil, aunque conociera momentos de mucha satisfacción. El curso académico 82-83 lo pasó en la Universidad Nacional Autónoma de México. Allí estrechó su relación con la profesora mexicana Ángeles Lizón, con quien se casó. En 1985 Sacristán fue intervenido de corazón. La operación salió bien pero a costa de su único riñón. Murió el 27 de agosto con solo 59 años.

Manuel Sacristán fue un intelectual y militante de la izquierda que pensó y militó en la transición, pero que lo hizo más allá de un proceso de cuyas tentaciones de asimilación logró zafarse. Lo hizo a costa de transitar por caminos periféricos, que, con el tiempo, se revelaron de mayor recorrido.

REFERENCIAS

- ANDRADE, J. (2015). *El PCE y el PSOE en la transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Madrid: Siglo XXI.
- CAPELLA, J.R. (2005). *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*. Madrid: Trotta.
- CARRILLO, S. (1977). *Escritos sobre Eurocomunismo*. Zaragoza: Forma.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. y LÓPEZ ARNAL, S. (Eds.) (2004). *De la primavera de Praga al marxismo ecologista. Conversaciones con Manuel Sacristán*. Madrid: Catarata.
- GUIU, J. y MUNNÉ, A. (1995): Una entrevista con Manuel Sacristán. *Mientras tanto*, 63, 115-129.
- JUNCOSA, X.; BENACH, J. y LÓPEZ ARNAL, S. (2006). *Del Pensar, del vivir, del hacer. Escritos sobre Integral Sacristán*. Barcelona: Viejo Topo.
- LACALLE, D. (1978). Carta a Manuel Sacristán. *Materiales*, 8, 135-141.
- LÓPEZ ARNAL, S. (2001). Intervención de Manuel Sacristán sobre las consecuencias políticas del 23-F. *El Viejo Topo*, 149, 18-21.
- LÓPEZ ARNAL, S. y VÁZQUEZ ÁLVAREZ, I. (Ed.) (2007). *El legado de un maestro. Homenaje a Manuel Sacristán*. Madrid: FIM.
- PALA, G. (2005): Sobre el camarada Ricardo. El PSUC y la dimisión de Manuel Sacristán (1960-1970). *Mientras tanto*, 96, 47-75.
- PALA, G. (2011). La semilla de la discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC. *Revista HMIC*, 11, 140-163.
- SACRISTÁN, M. (1978). Respuesta a D. Lacalle. *Materiales*, 8, 143-144.
- SACRISTÁN, M. (1985). A propósito del "Eurocomunismo". En *Intervenciones Políticas. Panfletos y Materiales III*. Barcelona: Icaria, pp. 196-207.
- SACRISTÁN, M. (1983, 1984, 1985). *Panfletos y materiales [Tomos I, II, III y IV]*. Barcelona: Icaria.
- SACRISTÁN, M. (1998). *El orden y el Tiempo*. Madrid: Trotta.
- SACRISTÁN, M. (2005) *Seis conferencias sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*. Barcelona: Viejo Topo.
- SACRISTÁN, M. (2009) *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*. Madrid: Público.
- SACRISTÁN, M. (2013). *Sobre Gerónimo*. Barcelona: Viejo Topo.

²⁷ Léase las apreciaciones sobre los tres personajes en "Una conversación con Manuel Sacristán, por J. Guiu y A. Munné. Entrevista para el *Viejo Topo* (1979)".